

## **ORGANICEMONOS (EEO III, pp. 812-821)**

### ***Organicémonos I***

La unión y concordia entre losmuchísimos buenos, sería un obstáculo inmenso al progreso de los malvados, que les obligaría finalmente a retroceder. (Pío IX, a los romeros españoles)

Uno de los deberes más imperiosos que tenemos en nuestros días los católicos españoles es la organización. Somos los más, es cierto; pero casi siempre somos juguete de unos pocos atrevidos o visados, que acechan y aprovechan toda ocasión, por insignificante que ella sea, para avanzar o lograr sus planes infernales. Ya lo había predicho la Sabiduría eterna, que los hijos de las tinieblas son más prudentes en sus cosas que los hijos de la luz. Y Pío IX, el Doctor universal e infalible en la Iglesia católica, lo ha recordado a nuestros hermanos los españoles en ocasión solemnísimas, pronunciando las autorizadas palabras que sirven de epígrafe a esta serie de artículos.

Y esta falta de unión es mucho más lamentable en nuestra España, en los que somos hijos fieles de la Religión católica, que por sí misma es ya una perfecta e inmensa organización.

Es para nosotros una verdad que el mal de nuestros días, como los de todos los siglos, no se cura con organización ni asociaciones, así como el mal social y político no se cura con cartas y constituciones y leyes. El espíritu es el que vivifica; no la carne o el ropaje exterior, que puede ayudar para dirigir a aquel, pero sin él no será otra cosa más que letra muerta: palabras, palabras, o, a lo sumo, palabras escritas, que sólo se recuerdan para faltar más descaradamente a ellas. Donde hay espíritu de sacrificio, donde reina el espíritu de Dios, fácil cosa es ordenar, organizar, obrar prodigios; mas donde éste falte, es inútil, mas aún, perjudicial el afanarse; cuanto más se trate de edificar, mayor será el descrédito después, porque no se podrá mostrar a las gentes otra cosa que un montón de ruínas.

Luego al tratarse de organizar, de ordenar, de edificar, no debe descuidarse lo que ha de contribuir más eficazmente a mantener la unión en este organismo; lo que ha de unir las piedras para levantar el edificio.

No decimos esto, Dios lo sabe, porque tratemos de disuadir la organización de las fuerzas católicas, sino para apuntar un dato esencial en este problema, sin el cual es imposible resolverlos bien. Y como muchas veces, y es lo ordinario en nuestros días, sucede que se cree haber remediado un mal con haber hecho una ley, o escrito un reglamento, sin cuidarse de otra cosa, damos aviso para que lo tengan en cuenta los que han de fijar las bases de esta organización católica.

La Iglesia católica, decíamos, es una perfecta organización. Allí está todo previsto, todo ordenado, todo reglamentado; y aunque se dice que para los justos no se hizo la ley y que donde hay el espíritu del Señor allí hay la libertad, es para significarnos que el justo, él mismo, es la ley viva, práctica, que trae escrita en las tablas de su corazón. ¡Oh si todos los católicos fuésemos justos! No había necesidad de nuevas leyes o reglamentos para estar perfectamente organizados.

Nunca como hoy día ha habido la monomanía o el prurito de reglamentarlo todo, de organizarlo todo. Las leyes, decretos y constituciones se suceden sin interrupción. Diríase que hay una fábrica que de continuo está elaborando nuevos sistemas, nuevos proyectos, que nacen hoy para morir mañana, o que mueren antes de nacer. De la nación vecina se ha dicho que si todos los reglamentos se extendiesen, habría para cubrir o empapelar toda Francia. Y los españoles, olvidados, o cuanto más nos separamos de la fe sencilla de nuestros padres, más nos vamos acercando a este modelo. Muchas leyes y reglas; pero para que las observen los demás. Quien hace la ley, generalmente trata de imponerla a los demás, quedando él libre. Todos nos creemos con un cacho de soberanía, y queremos ensayarla dictando leyes a los demás, quedando nosotros fuera de la ley. Por eso no es raro oír: Leyes hay que ni los mismos que las han hecho las entienden, y nuevas leyes han de declarar a otras. Si se desea, pues, que se observen, cuantas menos leyes o reglas se den, mejor.

Esto dicho, veamos la necesidad que hay de organizarnos los católicos para hacer frente a los males presentes.

Reconocemos que cambiadas las circunstancias debe modificarse la regla de conducta, así como con los nuevos inventos y armas de guerra ha tenido que cambiarse la táctica militar. Y en nuestra

España urge más esta organización por el modo nuevo de ser de las leyes. Hasta nuestros días, el Estado cuidaba de todo, lo vigilaba todo, como una madre solícita atiende en todas las cosas al bien de sus hijos. Mas hoy, el Estado ha querido prescindir de este cuidado y vigilancia especial en el ramo de la Religión, rompiendo la unidad católica, y hemos quedado los españoles casi huérfanos en esta parte, obligados a cuidarnos por nosotros mismo y a atender a mil cosas que hasta ahora desentendíamos, fiados en el buen celo de la Nación. Si hemos ganado o perdido con ello, está en la conciencia de todos, y no es ocasión ahora de entretenernos en lamentar tamaña desgracia, sino en excogitar medios prácticos para vivvar la fe y sostener los intereses de Cristo Jesús y su Iglesia, trabajando con celo y supliendo lo que antes hacía el Estado. No se nos oculta que esta situación nueva nos impone deberes nuevos. No se nos oculta que nos hemos de ver algo embarazados al fijar una regla nueva de conducta que en todo sea acertada: pero estemos seguros, y acometamos esta empresa confiando en que Dios no nos faltará con su auxilio. En ninguna nación hay elementos más poderosos que en España para constituir una organización robusta que pueda superar o al menos resistir a los embates de la impiedad. Tenemos la bendición del Padre Santo, prenda segura de que Dios la aprueba. Y si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros? Es verdad que miles de dificultades nos saldrán al paso; pero la fe y la confianza en Dios todo lo superan. “Trabajos habremos, pero venceremos”, repitamos con la animosa Heroína y Celadora de los intereses de Jesús en nuestra España, Teresa de Jesús, bajo cuya protección deseamos se forme esta organización. Daremos más detalles prácticos en el próximo número. Oremos entretanto par que el Señor nos ilumine y de acierto al fijar las bases de la organización y gracia para cumplirlas, a todos los católicos, a mayor gloria de Dios.

## **Organicémonos II**

La unión y concordia entre los muchísimos buenos, sería un obstáculo inmenso al progreso de los malvados, que les obligaría finalmente a retroceder. (Pío IX, a los romeros españoles)

La primera atención al tratarse de organizar las fuerzas católicas sin duda alguna es la elección de buenas cabezas; que estén conformes, como decía la seráfica Doctora.

Si no hay acierto en la elección de los directores generales y locales, no se podrá dar un paso seguro y provechoso en tan excelente trabajo; mejor será dejarlo correr. Si el primer motor es inmóvil, o imprime mal el movimiento, no marchará bien la máquina. Y los motores del organismo católico deben ser los que acertadamente impriman el movimiento a las fuerzas o agentes inferiores o secundarias.

En primer lugar conviene tener en cuenta que lo mucho es enemigo de lo bueno. Que deben ser pocos y conformes los que estén al frente. Búsquese la intensidad, la calidad, más bien que el número, la extensión.

Esta era la máxima que presidía a todas las grandes empresas de santa Teresa de Jesús. “Toda mi ansia era y aún es —decía la Santa —, que pues el buen Jesús tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos”. “Veo muy pocos (decía nuestra seráfica Doctora) que no los vea con seso demasiado para lo que les cumple”.

Pueden servir admirablemente a nuestro caso las reglas que daba Santa Teresa de Jesús a su confesor en el capítulo antes citado, pues las circunstancias no han mejorado, antes bien, empeorado mucho para nuestra España católica.

Algunos años antes que la Santa escribiese su vida, el Dr. Cazalla con otros adeptos tenía sus reuniones nocturnas en Valladolid para tramar maldades y herejías que dieron mucho que hacer, hasta que descubiertos sus planes satánicos y convictos de los crímenes que se les imputaban, fueron sentenciados y quemados en 1559.

Hoy, por nuestra desgracia, no sólo oculta, sino públicamente se trabaja para minar los cimientos en que descansa la sociedad y convertir el mundo en un montón de ruinas. Hay entre nosotros aquella roña pestilencial de que se lamentaba la Santa.

Por ello Teresa de Jesús, alma de comprensión altísima, de mirada elevada, trataba de poner remedio a este mal en lo que alcanzaban sus fuerzas, y escribía a su confesor: “Este concierto querría tuviésemos los cinco que al presente nos amamos en Cristo, que como otros en estos tiempos se juntaban en secreto para contra su Majestad, y ordenar maldades y herejías,

procurásemos juntarnos alguna vez para desengañar unos a otros y decir en lo que podríamos enmendarnos y contentar más a Dios; que no hay quien tan bien se conozca a sí, como nos conocen los que nos miran, si es con amor y cuidado de aprovecharnos. Digo en secreto, porque no se usa ya este lenguaje...”

¡Oh Santa de mi corazón!, si en tus felices tiempos no se usaba ya este lenguaje de decir verdades, ¿qué será ahora en que para todo entra el sistema de engañar, adular y mentir; en que todo se falsifica, la palabra, la buena fe, la religión? Pues sean tales los que estén al frente de la organización católica que usen este lenguaje de decir verdades: primero, unos a otros los que sean cabezas, los que formen este concierto; y después, todos lo que tomen parte en ella.

Nadie nace perfecto en este mundo, y es menester que los que nos miran con amor y cuidado de aprovecharnos nos desengañen y nos digan en qué debemos corregirnos, qué debemos procurar para ser tales como quiere el Señor.

En el mismo capítulo achaca la Santa el poco fruto que se sacaba de la palabra de Dios al mucho seso que tenían los que la anunciaban. “Buena intención tendrán, replicaba la Santa, y la obra lo será, mas así se enmiendan pocos”.

“No querría ver sino enfermos de este mal que estoy yo ahora, decía la seráfica Virgen; esto es, que fuésemos todos locos por amor de quien por nosotros se lo llamaron.”

Sean, pues, además los que han de ser cabezas de esta organización católica, gentes no de mucho seso, porque los tales, fundados tan sólo, o demasiado, en razones de prudencia humana, rara vez hacen cosa de provecho para la honra divina.

Es obra de Dios la organización católica de que tratamos, y no se debe jamás perder de vista lo que dice el Señor: Que si El no edifica la casa y custodia la ciudad, en vano se fatigarán los que trabajen para edificarla y custodiarla.

No por ello tratamos de disuadir que se trabaje, que se medite y se tomen las reglas y precauciones que dicte la prudencia; pero si hemos de decir francamente lo que sentimos y los nos muestra una triste experiencia, no vacilamos en asegurar que lo que nos falta en estas empresas santas es sencillez y confianza cristiana, y lo que nos sobra es prudencia humana, prudencia según la carne, enemiga de Dios. No sé qué nos han hecho las serpientes, diremos con dulcísimo san Francisco de Sales, que de buena gana daríamos mil serpientes por una paloma.

Hoy día, más que en los tiempos de fe de Teresa de Jesús conviene tener muy en cuenta este dato para aceptar en la elección de personas. Vivimos en una sociedad, si no pagana, paganizada; vivimos, no en un mundo de fe, sino en pleno naturalismo, y por ello es muy frecuente el tener que deplorar que personas al parecer bonísimas nada hacen de provecho para la gloria de Dios. Y al preguntarnos y al examinar este hecho deplorable no hallamos otra causa que explique la apatía o indiferencia con que miran los tales los intereses de Cristo, que ésta: el tener muy apagada la fe; no tienen fe viva, práctica, porque no viven según el espíritu del Señor; viven en el mundo, en una generación incrédula, pagana y sin percibirlo se hallan dominados de este mal gravísimo.

¡Oh, que conviene resguardarse mucho del airecillo helado y contrario al amor y espíritu de Cristo que sopla en todas direcciones! Y como no viven advertidos, la mayor parte de los cristianos son víctimas de este virus que todo lo corrompe.

¿Quiérese un remedio eficazísimo a tan gravísimo mal, que hasta hoy ha impedido se hiciese el concierto admirable de los que nos amamos en Cristo, para usar el lenguaje de nuestra Heroína española? Pues dígame a la Maestra inspirada Teresa de Jesús, lo que dice al señalar la causa porque calentaba poco esta llama de amor de Dios en muchos pechos. “¿Sabe, dice a su confesor y a todos nosotros, en qué debe de ir mucho? – En tener ya aborrecida la vida y en poca estima la honra, que no se les daba más a trueco de decir una verdad y sustentarla para gloria de Dios, perderlo todo que ganarlo todo; que quien de veras lo tiene todo arriscado por Dios, igualmente lleva lo uno que lo otro. ¡Oh gran libertad! Tener por cautiverio haber de vivir y tratar conforme a las leyes del mundo; que como ésta se alcance del Señor, no hay esclavo que no lo arrisque todo por rescatarse y tornar a su tierra. Y pues éste es el buen camino, no hay que parar en él, que nunca acabaremos de ganar tan gran tesoro, hasta que se nos acabe la vida”. Y concluye la bendita Santa, y con ella nosotras esta vez, pues se hace largo este artículo, y hay mucha más que decir sobre el particular: “El Señor nos dé para esto su favor”.

## **Organicémonos III**

Revista Teresiana nº 53 (1877), 125-127. EEO III, pp. 819-821

La unión y concordia entre los muchísimos buenos, sería un obstáculo inmenso al progreso de los malvados, que les obligaría finalmente a retroceder. (Pío IX, a los romeros españoles)

Vimos en el artículo anterior que santa Teresa de Jesús quería que los que habían de formar el concierto admirable de los que nos amamos en Cristo, fuesen tales que no se les diese más, a trueco de decir una verdad y sustentarla para gloria de Dios, perderlo todo, que ganarlo todo: gente, en una palabra, que de veras lo tenga todo arriscado por Dios. Estos son los que dice la santa Doctora en otra parte que se hacen excelentes espaldas. Y éstos son, por consiguiente, los únicos buenos para ser cabezas de la organización católica. Pero ¿dónde están estos tales?, nos preguntarán nuestros lectores. No desconocemos que escasean los Santos, porque las verdades van disminuyendo entre los hombres, y aun entre católicos no se usa ya apenas este lenguaje de decir la verdad para desengañarnos unos otros y ver en lo que podríamos enmendarnos y contentar más a Dios. Mas, por otro lado, no puede negarse que Dios no falta en lo justo y necesario, y reconociendo todos que es la suprema y más urgente necesidad hoy día esta organización, ha de haber almas escogidas para llenar este fin cumplidamente. La dificultad está en topar con ellas para hacerlas salir de la oscuridad apacible en que moran viviendo la vida oculta en Cristo, en Dios. Que en nuestros días más que en otros, la virtud semeja a la modesta violeta que se oculta entre los matorrales del bosque a las miradas de los curioso para embalsamar de aromas el ambiente, y sólo dan con ella las almas que con sinceridad la buscan.

Una regla sencilla, práctica e infalible par reconocer a esta modesta violeta, y aprovechar sus ricos perfumes, y de la oscuridad de una vida ordinaria sacarla a embalsamar los salones de las ciudades y del mundo todo:

Sea alma de oración, alma piadosa sólidamente, alma de fe pura.

Es la más esencial de lo que comúnmente se cree esta condición. Se puede decir que es la única necesaria. Y por lo común para esta clase de obras se prescinde mucho de ellas. Por esto también vemos sin cesar nacer y morir instituciones, asociaciones y obras, por otra parte muy excelentes, que unas a otras se empujan y suceden como las olas del mar, sin ningún resultado de la mayor gloria de Dios. Y muchas ya nacen muertas o heridas de muerte, como la flor de un día. Y la razón es muy obvia.

Todas estas obras de celo por los intereses de Cristo Jesús y, más especialmente la que tratamos, porque podría abrazarlas todas, viven de la vida de Jesucristo. Si, pues, los que se entrometen como instrumentos, como medios para comunicar esta vida de Cristo Jesús, no la tienen en sí, por no tener oración, y por consiguiente no estar unidos a Cristo, no habrá esta virtud divina, faltará la gracia de lo alto, y abandonadas a su propias fuerzas y esfuerzos dejarán correr más o menos tarde la obra emprendida, arrojándola de sí como carga pesada y molestísima.

Podrá el genio o el talento natural, las riquezas o posición social, si se quiere, sostener o prolongar su agonía; pero por fin perecerá, porque no tiene vida propia, no la alienta y vivifica el espíritu de Dios.

A un cadáver por la acción del galvanismo puede movérsele, y hacerle practicar algunos actos que imitan los de un cuerpo vivo; pero luego que cese esta acción se verá que es muerto, y aunque no cesase, a la postre entraría en disolución.

La vida de estas obras debe ser la vida de Dios; el espíritu que las informe debe ser el de Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida, y que vino a este mundo para que todos la tuviésemos más abundante.

Además de que, para perseverar en al práctica de estas obras de celo, se necesita de continuo mucho espíritu de sacrificio: sacrificio de comodidades, de tiempo, de intereses materiales a veces, y lo que es más, del propio juicio y de la propia voluntad. Y esto, sin pedirlo todos los días en la oración, no se alcanza; sin la meditación seria y continua de las grandes verdades de la fe no se puede poseer.

Por fin, como observa nuestra sapientísima doctora Teresa de Jesús, a grandes obras no ha de dejar el demonio de hacer guerra; pues, como es sagaz, teme el golpe, y no deja de transfigurarse en ángel de luz muchas veces para con apariencias de virtud engañar a los incautos; pues es tan soberbio, como advierte la Santa, que pretende entrar, cuando otra cosa no puede, por las mismas puertas por donde entra Dios. Mas si este astuto enemigo se las ha de haber con una alma de oración, no temáis que pronto serán descubiertos todos sus planes y sus mañas y marañas, según frase de la avisada Doctora, porque no hay cosas, como advierte la gran Teresa, que así haga dar señal al demonio como la oración.

Por esto notan todos los sabios que las personas piadosas dadas a la oración tienen un tacto exquisito par dirigir con acierto los negocios, porque alumbradas por la luz de la fe, purgando su entendimiento de errores, y su voluntad de pasiones desordenadas, oyen y siguen con más facilidad la serena voz de la conciencia recta, que no se engaña en sus dictámenes, y todas sus cosas llevan el sello de la aprobación del Señor. La piedad es buena para todas las cosas, ha dicho san Pablo, y para ninguna tal vez más necesaria que par lograr una perfecta organización católica.

E. de O.